

—Seré nese Vd., Eugenia,—continuó,—y dignese escuchar lo que voy á decirlo...

La futura baronesa del Pino interrumpió al jóven.

—Utrera,—dijo,—no sé de qué se trata, ni el valor que encierran las palabras de Vd. A pesar de esto, siento viva curiosidad por conocer ese asunto de que Vd. quiere hablarme; pero si he de continuar escuchando á Vd., le ruego prescinda de ese modo equivoco de expresarse.

—Antes de llegar á mi objeto,—prosiguió Enrique,—preciso es que cuente á Vd. una historia: ¿me promete usted no interrumpirla hasta el fin?

—Siempre que no me vea precisada á reprender á usted segunda vez su lenguaje...

—En cuanto á eso puedo asegurarlo, señora: es una exposicion sencilla, una historia en que yo desempeño mi papel... y que por interesarme demasiado, me obliga á mortificar...

—Ya escucho á Vd. Enrique.

—No tengo por costumbre lisonjear mis propios hechos, ni virtudes que considero deberes entodo hombre honrado, Eugenia; pero si algo bueno hay en el fondo de mi corazón, es el interés que siempre me inspira la desgracia, sobre todo cuando esta affige á criaturas dignas, á seres que por sí mismos se recomiendan... Poco más de un año hace, señora, que conocí á una jóven de humilde condicion, pues vive en una taberna de la calle del Humilladero, jóven cuya hermosura peregrina y cuyas no comunes prendas de honradez y de virtud fijaron primeramente mi atencion, y mas tarde debian inspirar en mí otro sentimiento más tierno, más profundo.

Enrique hizo aquí una pausa, y Eugenia dijo casi maquinalmente:

—Me constan los buenos sentimientos de V., y no dudo que se habrá propuesto labrar la felicidad de esa humilde jóven, según Vd. mismo se expresa.

—Ciertamente,—prosiguió Utrera,—pero de esto hablaremos á su tiempo. Decía, pues, que esa jóven me había interesado en cierto sentido, y mucho más aun, si cabe, desde cuando por los que la sirven de padres, llegué á saber que la pobre niña era una expósita, extraída por aquellas buenas gentes, catorce años há, de la Inclusa de esta córte.

Volvió Enrique á hacer una pausa breve, durante la cual contempló el rostro visiblemente alterado de su interlocutora, y luego continuó:

—Sin embargo, ignoraba lo que dias pasados se me reveló á cerca de su nacimiento. Es curioso, triste y horrible á la vez. Figúrese Vd., señora, que esta niña, que hoy contará unos diez y siete años próximamente, fué expuesta en el torno del establecimiento, sin duda por imprevision, envuelta en un pañal de batista: no podré decir si por perfidia ó cálculo de la que se encargó de conducir á la criatura, dicho pañal tenia precisamente dos iniciales, y estas aparecian cortadas por medio, sin duda para que el pedazo que faltaba sirviera alguna vez de contraseña... Tambien acompañaba á la criatura un bolsillo de seda color verde, con otras dos iniciales. Dentro del bolsillo se encerraba un papel, y este papel contenia dos renglones en que se hablaba de la posibilidad de que su madre se condoliera alguna vez de la pobre niña.

La alteración creciente de Eugenia era para inspirar inquietud á otro que no fuese tan implacable como Utrera. Este, que al paso que la confusion de aquella mujer se

aumentaba en su corazón y en su rostro, cobraba mayor serenidad, más aplomo.

—Es fácil,—añadió,—que la madre abrigara entonces la intención de recuperar á su hija: tal vez ciertas consideraciones, acaso la necesidad de ocultar el fruto de unos amores clandestinos: hé aquí, sobre poco más ó ménos, lo que habrá torcido en aquella mujer, aunque por tiempo limitado, los afectos maternales que debió sentir al desprenderse del fruto de sus entrañas... Pero circunstancias imprevistas debieron hacerla variar de propósito, influyendo mucho en la suerte de la desgraciada criatura; pues en catorce ó quince años trascurridos desde la prohibición hecha por el tabernero, nadie, á escepción de la misma mujer que se encargó de depositarla en el *torno fatal*, se apresuró á tomar un solo informe. La niña vive, sin embargo; y esa niña tan desgraciada como virtuosa, tan contrariada y maltratada como es interesante y bella, esa niña digna del amor de la gente más honrada, más alta, Dios ha querido destinarla para esposa mía. ¿Qué opina Vd. sobre esto, amiga Eugenia?

Esta, que después de poderosos esfuerzos había conseguido recobrar y dominar su emoción, respondió á Enrique:

—La historia de esa niña me ha conmovido, Utrera: y si bajo este concepto y el de consultarme la determinación de Vd., ha querido darme una prueba de su buena amistad dirigiéndose á mí, yo no podré por ménos que complacerle y servirle en cuanto pueda.

—No es eso lo que yo quiero, Eugenia; voy más allá en este punto. Lo que yo deseo, lo que yo me prometo de Vd. en favor de esa niña, es algo más que un interés común, que se concede en el mundo á todo el que es desgraciado.

—Utrera, ó yo no tengo esta vez la razon tan clara como de ordinario, ó no se explica Vd. bien: ¿qué es lo que Vd. desea de mí en favor de esa jóven?

—Voy á concluir, Eugenia,—repuso Utrera con visos de indignacion y de impaciencia.—¿Quiére Vd. que la diga las iniciales que vienen á constituir aquí el cuerpo del delito? Porque tal puedo llamar, señora, la conducta de una tan desnaturalizada madre!... ¿Quiére Vd. que las diga?... Pues eran... óigalo Vd. bien; eran una E y una M...

La futura baronesa del Pino se levantó bruscamente de su asiento, y dijo á Utrera con sequedad:

—Creo comprender sus intenciones, señor de Utrera, y no sé como he podido tolerar hasta tal punto una conversacion tan equívoca, por no calificarla de otro modo. Caballero, hemos hablado demasiado; siento necesidad de retirarme; y espero tendrá Vd. la galantería de no proseguir por más tiempo en esta ridícula comedia.

Así diciendo indicó al amante de María con un ademán de resolucion la puerta de aquella estancia.

Enrique, se habia levantado, pero dando claras muestras de que la actitud de aquella mujer no le desconcertaba, exclamó:

—La comedia, señora, es Vd. quien la está representando; pero esto mismo me convence de lo que aun osaba yo poner en duda...

—¡Caballero!...

—Señora... un momento más. La ciega confianza suele engañarnos en algunas ocasiones: cuando más oculto creemos un secreto, suele acontecer que sale con la mayor facilidad al público. Pues bien: su criada de Vd., Petra Ruiz, me lo ha revelado todo: los amores de Vd. y el general conde de la Alianza, muerto denodadamente hace



quince años en la guerra contra los ejércitos de la República; el modo cómo, cuando Vd. quedaba en cinta, concertaron su enlace para el día en que regresara el general, quien así mismo dejó á Vd. un documento por el cual, caso de sobrevenirle la muerte á que se exponía en la guerra, podría en cualquier circunstancia darse su nombre á la criatura que habia de nacer. Conozco así mismo todos los inconvenientes conque ha tenido Vd. que luchar para ocultar á su anciano padre su situacion: entonces esto se justificaba en cierto modo, aunque lo de la Inclusa, señora, es harto desconsolador...

Al llegar aquí Utrera, la presunta baronesa del Pino, con el rostro encendido por la ira y la mirada centellante, exclamó en el colmo del despecho:

—Basta ya de groserías, señor Utrera; está Vd. en mi casa, en una casa respetable, y no puedo continuar tolerando esta locura de mal género... Así, ó sale Vd. al momento, ó me verá precisada á mandar que le arrojen mis criados.

Utrera tomó su sombrero resueltamente, y clavando en aquella mujer inmutada por la cólera y el amor propio ofendido una mirada amenazadora y fija,

—Me retiro,—dijo,—más aun cuando no pueda conseguir de su endurecido corazon un sentimiento ni siquiera humano hácia el ángel que le debe con el sér diez y siete años de desgracia, pongo á Dios por testigo de que estoy dispuesto á impedir, por todos los medios imaginables, su enlace con el baron.

Eugenia prorrumpió con una carcajada que parecia ser un reto.

Utrera ni siquiera por despreciar á la que momentos antes era su amiga, quiso sonreirse, pero su última mira-

da, al abandonar el salon, parecia querer anonadar á Eugenia con todo el enorme peso de su reprobacion y de su castigo.

Apenas aquella mujer que por un momento creyó ser dueña de sí misma, hubo quedado sola, dejóse caer en un sillón como desplomada, murmurando entre sollozos:

—¡Dios mio! ¡Dios mio!.. Este hombre tiene razon: esa pobre criatura es mi hija... sí, mi hija, la hija de mis entrañas... y yo no podré nunca... ¡Qué horror, Dios mio!

Y se cubrió el rostro con las manos, como si quisiera apartar de su vista una vision.

El Dios á quien invocaba, debió comprender solamente el verdadero sentido de este monólogo, de estas singulares palabras, de que tal vez ella misma no pudo darse cuenta en el momento de pronunciarlas sus temblorosos lábios.

... al abandonar el salón, parecía querer andarse a Eugenia con todo el enorme peso de su reproducción y de su castigo.

Apenas aquella mujer que por un momento creyó ser libre de sí misma, hubo de irse sola, dejándose caer en un sillón como desplomada, murmurando entre sí:

CAPÍTULO V.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿esto también? ¿esto también? ¿esto también? Y se cubrió el rostro con las manos, como si quisiera

La arrogancia del francés y la altivez española.

El Dios a quien invocaba, debía comprender solamente el verdadero sentido de este monólogo, de estas singulares palabras, de que tal vez ella misma no pudo darse cuenta en el momento de pronunciarlas sus temblorosas labias.

Casi á la misma hora en que Utrera se despedía indignado por la perfidia de aquella madre sin corazón, tenía lugar, en un café de la carrera de San Gerónimo la escena que vamos á describir.

Alrededor de una mesa bebían, jugaban y charlaban á la vez como unos diez ó doce oficiales del ejército imperial.

En otra inmediata, un grupo heterogéneo de hombres que pertenecían á distintas clases de la sociedad, permanecían abismados ante su bien repleto voll de ponche, cuya cárdena luz realzaba en sus rostros cierto marcado y sombrío tinte de inquietud y de pesadumbre.

Componíase este grupo de dos militares, un oficial de artillería, otro voluntario del Estado, y cinco paisanos que por su traje y maneras denotaba pertenecer á la clase me-

dia de la sociedad española. Una octava persona completaba aquel cuadro en algún modo siniestro.

Este último personaje, aunque de honradez acrisolada y nobles sentimientos, distaba en condicion de sus compañeros de mesa.

Nuestros lectores le conocen ya: porque por primera vez lo hemos presentado en la taberna de la calle del Humilladero, bajo el mote de el *Maestro*.

Ocupaban las mesas restantes del establecimiento, distribuidas en más ó ménos numerosos grupos, como otros veinte ó treinta hombres, que se distraían aquí y allí bebiendo, hablando ó jugando según á cada cual acomodaba mejor.

Era por demás notable el contraste que formaban con la mesa donde los oficiales franceses jugaban y bebían alegremente las otras mesas ocupadas en su totalidad por españoles.

Mientras los bulliciosos soldados del imperio prorrumpan á cada paso en risas, juramentos y exclamaciones de todos los gustos y en variados tonos, los españoles que estaban alrededor de los dos oficiales de nuestro ejército aparecían tan preocupados y abstraídos, que en otro lugar que aquel con algún fundamento se diría estaban presidiendo un duelo.

Mirábanse unos á otros con particular expresion de vez en cuando, no sin hacerlo de reojo hácia los extranjeross...

El ponche únicamente era el que más fijaba la atencion de todos; viniendo á constituir, por decirlo así, el pretexto de aquel mutismo prolongado.

El oficial de voluntarios del Estado, fué el primero en romper el silencio. Paseó, como si despertara de un profundo sueño, una mirada por todo el círculo; y arrancando

de su corazón una carcajada harto violenta para que un curioso observador dejase de comprender que no era natural.

—¡Bravo!...! exclamó,—bravísimo! compañeros: no parece sino que en lugar del refrigerante y adorable ponche, tenemos ante nosotros la perspectiva aterradora de un cadáver á quien estuviésemos rindiendo los honores de una fúnebre velada.

—No digo yo por tan pequeña cosa,—repuso el oficial de artillería con una voz cuyo reposo era el resultado de lo mucho que se esforzaba por dominarse;—pero ni cien hombres muertos, ni la presencia de mi querido padre ni la de mis hermanos convertidos en cadáveres, ni la de mi misma muerte que me amenazára, sería bastante á turbar mi ánimo tanto como lo turba y contraría cierto espectáculo mil veces más doloroso.

—Cuénta, Pedro,—añadió el jóven oficial de voluntarios,—con que vayas á creer que todos no estamos también poseidos de tu natural disgusto, y que nuestros corazones no rebosan la venenosa y amarga hiel que á tí te ahoga.

—Pues entonces,—preguntó el artillero,—¿por qué hemos de mostrar alegría, cuando amenazan dias de luto á la pátria?

Los buenos hijos de la pátria,—respondió el de voluntarios,—deben mostrarse más animosos cuanto mayor sea el peligro que los amenace.

—No es el peligro, Ruiz, pues creo que hasta ignoro el valor que pueda tener esa frase, que tan solamente conocen los pobres de espíritu. Precisamente si algo me consuela es la idea, la esperanza, la seguridad de ese peligro.



—Pues entonces, ¿por qué mostrarse abatido?

—Porque lo que á mí me abate, lo que lacera mi corazón de un modo horrible, son las bajezas, las humillaciones...

—¡Velarde!...

—Sí, la bajeza, las humillaciones: lo repito y lo repetiré mil veces: no me preocupará jamás la muerte, pues hace días que la vida es para mí una pesada carga... ¡La patria!... Afortunadamente, la patria de Guzman el Bueno y del Gran Capitan, tiene en cada palmo de su sagrado terreno un hombre de corazón, y en cada hombre de corazón un Cid...

—¡Bien! ¡bien! exclamaron á una vez aquellos ocho hombres.

El jóven artillero prosiguió:

—Lo que á mí me preocupa, lo que me roba el sosiego es la certeza de que en España, en Madrid mismo, hay todavía hombres dignos del conde D. Julian, demasiado traidores y cobardes para entregar la honra de los castellanos al escarnio del extranjero.

Estas últimas palabras que el jóven pronunció en voz tan baja como bronca, produjeron en el concurso el efecto de una chispa eléctrica.

Miráronse unos á otros con marcadas muestras de disgusto y aprobacion á la vez.

El teniente Ruiz, en tono muy bajo, aunque con acen- tuada energía:

—Pues bien; —dijo, —ya que desgraciadamente no faltan un cobarde ó un traidor que comprometan la dignidad de la patria, jurémos solemnemente, para cuando llegue el caso, reparar el daño que se nos hace.

El oficial de artillería llevó la diestra al puño de su es- pada, y juró.

Ruiz, siguiendo el ejemplo de su compañero de armas, juró también.

Los demás circunstantes, puestas sus manos sobre sus nobles corazones murmuraron:

—¡Lo juramos!

Y como si este juramento hubiese borrado la tristeza de entre aquel grupo de patriotas, tornáronse risueños sus rostros, y las voces y el bullicio brotaron como por encanto.

Aquello parecía una especie de resurrección y tanto que los oficiales del ejército imperial se volvieron sorprendidos á observar lo que ocasionaba aquel repentino murmullo.

En medio de la algazara, las copas que antes nadie procuraba llenar, rebosaban ahora.

Uno de los paisanos que casi no había desplegado sus labios hasta entonces, se levantó y propuso un brindis.

Era el proponente un hombre como de treinta y ocho á cuarenta años.

Aunque descuidado en la compostura de su traje, y por más que afectaba cierta vulgaridad en sus maneras, su rostro noble y su ademán resuelto, desmentía sin embargo, el papel que procuraba representar.

Tomó y levantó con mano firme una copa llena hasta los bordes del espumoso líquido, y dijo:

—Señores: brindo por la salud del rey Fernando VII y por su pronto regreso.

Este brindis fué repetido unánimemente.

Pedro Velarde exclamó á su vez:

—Pues yo, señores propongo que se brinde por la eterna gloriosa memoria de los vencedores de Pavía... ¡Gloria á los ilustres manes de Antonio de Leiva, de Juan de Urbietta y Diego de Avila!

Las exclamaciones que siguieron á este brindis llegaron al frenesí.

Un oficial francés, abandonando entonces su mesa, se dirigió á Pedro Velarde, á quien dijo con ironía en mal español:

—Señor oficial: aun falta un brindis, y si deseais completar el catálogo, formaré coro con estos señores.

—No comprendo á Vd., respondió Velarde sorprendido.

—Decia, señor oficial, —continuó el francés, —que falta un tercer brindis.

—¿A quién?

El oficial francés llenó una copa y la levantó en alto.

—¡Brindo por el invencible y poderoso guerrero que se ha encargado de vengar, despues de haber trascurrido doscientos ochenta y tres años, la memoria de Francisco I.

Varios franceses que se habian aproximado á su compañero, celebraron este brindis con insultantes risas y aplausos.

Pedro Velarde, con el rostro encendido por la cólera, pero tan sereno como altivo, arrebató la copa que el francés llevaba á sus labios, y haciéndola pedazos contra la mesa, exclamó con voz de trueno:

—¡Aprecio más que vos mismo el honor de vuestro amo, para que le mancilleis brindando por la más despreciable villanía que haya podido cometer el último de los villanos.

El francés, al ver contestada de este modo su provocacion arrogante, llevó la mano á su espada, con ánimo de arrojarse sobre el artillero.

Velarde le contemplaba con despreciativa sonrisa y perfecta serenidad.

Varios espectadores de esta escena, franceses y españoles, se interpusieron entre ambos contendientes.

El oficial francés pedía furioso una satisfacción del agravio recibido.

El caballero que había brindado por la salud y pronto regreso del rey Fernando, preguntó á Velarde:

—¿Quiere Vd. dispensarme la honra de ser su procurador en este negocio?

El artillero le alargó la mano, respondiéndole afirmativamente; y designando luego al teniente de voluntarios, añadió:

—También este amigo, si se digna prestarme su aprecio:

—Gracias, Velarde,—respondió el joven,—acepto el honor que Vd. me hace.

Algunos minutos después, los padrinos de ambas partes habían arreglado el asunto con toda la galantería que es tan familiar á los hombres cuando se trata de la honra.

Establecidas las condiciones, se despidieron hasta las cinco de la siguiente madrugada.

El francés, acompañado de sus amigos, salió el primero.

Cuando los nuestros hubieron quedado solos, dijo á Velarde su primer padrino:

—Ha sido una imprudencia, mas por ella doy á Vd. mil parabienes.

—¿Y quería Vd. que yo dejara impune tan arrogante provocacion?—preguntó el artillero.

—No, no era posible; pero un lance de este género, puede acarrear serias consecuencias. Mas... no hablemos de eso, pues ya no tiene vuelta. Mañana, á las cinco de la

madrugada... ¿quiere Vd. saber las condiciones?

—Me es indiferente.

—Y sin embargo, debe Vd. enterarse: hemos convenido que será á espada, en las afueras de la puerta de Alcalá.

—Perfectamente,—respondió Velarde,—doy á Vd. mil gracias; y ahora, si me lo permiten, me retiraré á arreglar cierto negocio.

—¿Por si tiene Vd. desgracia?—preguntó Ruiz.

Velarde se sonrió con ingenuo desdén.

—¡Bah!—respondió,—no es mi testamento lo que voy á arreglar; es algo más agradable que todo eso el asunto que me ocupará en breve; y ¿quereis creer lo que os diga?

—¿Qué?—le preguntaron.

—No me llamen Vds. fanfarrón: pero mañana me prometo que no desairarán el convite que les haga para este mismo sitio á esta misma hora: repetiremos el ponche.

—¿Y el francés, Velarde?

Este se sonrió como si tuviera una absoluta seguridad de sí mismo, y añadió despidiéndose:

—Lo dicho, señores; cuento mañana con la puntualidad de todos Vds. á esta misma hora.

Y se despidió entre los murmullos de admiración de más de cuarenta personas que habian presenciado hasta el fin esta escena.

Despues de numerosos comentarios, cada cual desfiló por su lado, quedando á poco casi desierto el café.

El padrino del artillero se acercó entonces al Maestro y le dijo:

—D. Enrique nos espera, Alvarez.

—Estoy á la disposicion de Vd.—respondió el Maestro.

Y á su vez abandonaron ambos el café.



37

Ó LOS TRANSCENDENTES EN MADRID.

—Me es indiferente.

—Y sin embargo, debe V. d. enterarse: hemos conveni-

do que será á espaldas en las riberas de la puente de

Alcala.

—¡Perfectamente!—dijo á V. d. mi

gracias y ahora, si me lo permiten, me retirare á arreglar

cierto negocio.

—¿Por qué tiene V. d. desconfianza?—preguntó Fernán.

—Está todo se confió con ingenuo desdén.

—¡Basta!—respondió.—no es mi testamento lo que voy

á arreglar; es algo más grave que todo eso el asunto

que me ocupará en breve; y tendréis que ser lo que os digan.

—¿Qué?—le preguntaron.

—No me llamen V. ds. temerarios: pero mañana me pro-

meto que no desistirán el convite que les haga para este

mismo sitio á esta misma hora: repetiremos el ponche.

Continuas ocupaciones habian ausentado por espacio de

cuatro dias á D. Enrique del lado de su María, de un

modo tan brusco, que el mismo tabernero y aun la señora

Teresa, su mujer, aunque por diferentes motivos, llegaron

á abrigar sus temores.

La señora Teresa, por la propension que tenia á dudar

siempre de las buenas intenciones de los hombres; y el se-

ñor Colás porque, en su constante afan por la felicidad de

su hija adoptiva, caviló tanto y tanto sobre el particular,

que no teniendo pretexto alguno fundado en qué apoyar

las explicaciones que daba á semejante novedad, la patri-

buyó del modo más natural del mundo á los tristes deta-

lles con que embocó por decirlo así, á D. Enrique su reve-

lacion sobre el nacimiento de la bella cuanto infeliz ex-

pósita.

Esta, por su parte, no hay para qué decir vió deslizar-se con tal tristeza aquellos dias, que cada una de sus horas, cada minuto, cada instante pesaba en su mente y en su corazon como un largo siglo tráscurrido en el purgatorio.

El tío Colás, contra sus propios recelos, alentaba cuanto podia á la desconsolada jóven; cuando en verdad era su corazon quien más vacilaba y temia, al recordar que desde la entrega que habia hecho á Utrera de la mantilla y el bolsillo que ya conocen nuestros lectores, no volvió á tener ni una leve noticia de él.

El último dia, afligido por ver lloroso y anublado el de ordinario alegre rostro de María, fué dos veces á la casa de don Enrique; pero en ninguna de ellas obtuvo la satisfaccion de ver al señorito.

Preguntó por él y le respondieron de un modo que nada satisfizo á su ansiedad.

Quiso luego que al ménos le diesen razon del sitio en donde pudiera encontrarle; alegó que necesitaba comunicarle un asunto de la mayor importancia; casi amenazó á los criados con la cólera de su amo, en cuanto le manifestase á este que le habian negado, pues tal suponía el tío Colás. Los criados se sonrieron casi en las barbas del pobre tabernero, quien salió de allí con más dudas que habia llevado, no sabiendo cómo ingeniarse para calmar á María con una mentira inocente; cosa que no cupo jamás en el carácter sério de aquel buen hombre, ni aun por via de chanzoneta.

Y para que todo concurriera á preocuparle el ánimo, ya de suyo bastante preocupado, con la ausencia de don Enrique concordó la del Maestro, el que, al darse alguna vez una falta de doce horas, ó á lo más veinticuatro, daba

siempre los informes más fidedignos y tranquilizadores del mundo. Anádase á todo esto, que no era ya poco, que en la mañana de aquel mismo día una comadre de la vecindad, y gran rebuscadora de historias y vidas ajenas, se dejó decir que había visto á D. Enrique cruzar la Plaza Mayor llevando del brazo á una linda y encopetada señora, y tendremos plenamente justificados los temores del tabernero, de la señora Teresa y muy particularmente de la desconsolada María.

Esta se llevó todo el día en un estado de melancolía y abatimiento, que tan solo era comparable á su mucho amor por Utrera.

Su condición humilde, y aun más que esta circunstancia, el no poder designar el nombre de sus padres, la había hecho temer siempre que alguna vez llegase su amante, tan bien nacido y tan simpático para todos cuantos le trataban, á considerar la distancia que mediaba entre él y la pobre doncella.

Nuestros lectores comprenderán sin esfuerzo, por lo ya indicado acerca de este punto, que el tío Colás nada había querido revelar hasta entonces á su protegida, sobre la que por tan inesperado conducto llegó á creer verdaderamente madre de la criatura depositada en el torno de la Inclusa, y recogida por él quince años hacia. Y aun la pobre muchacha ignoraba que su procedencia era precisamente de aquel benéfico establecimiento, reunión de tantas miserias, pero también refugio de tantos crímenes y devaneos.

La jóven, pues, conocía su calidad de expósita; pero ignoraba lo más grave de esta afrenta que sobre ella pesaba como una montaña de plomo, como un sambenito

que marcára su pura frente con el sello del oprobio y la deshonra.

Mientras su corazón latió con la libertad de la irreflexiva infancia, poco ó nada se cuidó de su nacimiento.

Los que la servían de padres llenaban hasta cierto punto este inmenso vacío del amor filial, prodigándola cuidados tiernos y atenciones las más cariñosas. Casi desconocía entonces que los autores de sus días la habían desheredado inhumanamente del bien más precioso que exige la severa sociedad al hombre, y muy particularmente á la siempre débil mujer.—La vaguedad de sus primeros pensamientos, no la permitió fijarse en exigencias de una sociedad, tan corrompida en el fondo, como ganosa de cubrir las exterioridades; tan propensa á beber en la oscuridad del secreto la copa del vicio, como prevenida é intolerante con los rastros que ese mismo vicio deja en pos de sí.

Mientras acudió á la escuela donde aprendió lo más preciso á una mujer de su clase, á nadie oyó hablar de otros deberes que los de la religion y la moral. No la habia enseñado su maestra á distinguir la enormidad de esas faltas, que engendradas en el vicio y la perversidad, se encarga la hipocresía de hacer responsables de ellas á candidas é inocentes criaturas. Decimos, pues, que en el recinto de la escuela, tan solamente aprendió María, como todas sus compañeras, á amar á Dios y venerar á sus mayores; y como complemento de esta limitada educacion, las labores domésticas indispensables á toda mujer.

Era feliz entonces, nada la faltaba, todas sus aspiraciones estaban colmadas; y si no era sobradamente dichosa, tampoco habia llegado á conocer aun ese *más allá* que con-

vierte la existencia humana en un tegido de inquietudes, en una sed devoradora é insaciable, que más codicia cuanto más obtiene. Su taberna era su palacio: los concurrentes á ella, su sociedad más escogida.

Pero está escrito que no ha de haber jamás dicha cumplida en el mundo.

María no tuvo aun tiempo para conocer la transición de los quince á los diez y seis años, cuando una luz misteriosa alumbró súbita la dulce noche de su ignorancia. Siempre que el alma despierta de un letargo, es para sufrir.

María percibió en su espíritu aquella luz tan viva como inesperada, y despertó. Al despertar llevó la mano al corazón y lo sintió latir por primera vez.

Los primeros latidos eran efecto de una vaga inquietud. Por ellos todo su sér se estremecía, como si en él se obrara una revolucion, un extraño fenómeno.

Cual si se acercára á las puertas de un Eden celestial, percibió un placer sin tintas ni forma; pero inefable: calor que brota de un sol invisible; delicado y tenue perfume, que se aspira de una flor cuyo cáliz no se vé ni se toca.

Suspense el ánimo por el éxtasis del ensueño embriagador, se recogió en sí misma.

De la ingenuidad pasó á la reflexion apasionada, por decirlo así.—La pasión se agitó como una serpiente y mordió en su seno.

Entonces comenzó á sentir un placer doloroso en aquella herida: cuando se apercibió de ella, quiso curarla.

Pero D. Enrique Utrera enseñó á María que no todas las heridas de amor se curan fácilmente.



La primera impresion de un alma que se enamora, es indeleble.

María le impresionó ante la bella presencia de don Enrique con todo el ardor, con todo el entusiasmo, y bien podemos decir con todos los desvelos de sus diez y seis primaveras.

Durante un año, la enfermedad dejó huellas en su rostro; pero añadió á las que ya tenia una perfeccion más.

Antes era su belleza un tanto agreste, dura, más material que ideal.

La melancolía, en un rostro bello y juvenil, es como la mano de obra que dá el pintor á sus cuadros.

María se volvió melancólica.

El tio Colás y su mujer sintieron al principio alguna inquietud.

—Muchacha: ¡tú sufres, tú estás enferma!—la dijeron.

María les tranquilizó sonriéndose, y asegurando que nunca habia disfrutado de mejor salud.

Los buenos ancianos desistieron de preguntar pero abrieron los ojos. No necesitaron esforzarse mucho para ver; y cuando hubieron visto lo bastante, se limitó el tio Colás á decir á la niña, en ocasion de romper esta un vaso por mirar hácia la calle:

—Ten cuenta, María, con que este es ya el segundo...

María bajó la vista, y sus mejillas se cubrieron de vivo carmin.

El tabernero miró significativamente á su mujer, y luego á la calle.

D. Enrique Utrera, que la habia pasado, volvió á pasarla en aquel momento.

Los esposos cambiaron una nueva sonrisa, y la señora Teresa, después de besar en la frente á su prohijada, la advirtió que tuviese gran cuidado con lo que hacia.

Antes que hubieran trascurrido dos semanas, don Enrique se habia puesto en comunicacion con los taberneros... y aunque nada completamente formal trataron, el tio Colás, no tan solo llegó á tranquilizarse al conocer las bellas prendas que adornaban al jóven, sino que bien pronto ambos se prodigaron una mútua y cordial amistad.

Lo demás ya lo saben nuestros lectores.

Inquieta, como dejamos dicho, aquella modesta cuanto virtuosa y honrada familia por la ausencia de Utrera, la falta de noticias acerca de este contribuyó á aumentar su inquietud y zozobra.

Llegó la noche del cuarto día, y únicamente la vieja volvió, pero á ratificar lo que afirmaba haber visto aquella mañana á su paso por la Plaza Mayor.

Tan delicada especie hirió á María en lo más vivo de su curiosidad y de sus celos, y quiso que la vieja le diese más detalles.

Aquella doctora en chismorreos pareció como que no buscaba otra cosa más conforme á su propósito y ocupacion; así es que dijo á la jóven:

—Ven á mi casa, y te contaré mucho bueno que te abrirá los ojos.

—Pero ¿aun sabe Vd. más, Dios mio!—preguntó María fluctuando entre el temor y la curiosidad.

—Si no fuese así, pobre muchacha, no te propondría que hablásemos á solas.

—Pues pida Vd. misma,—señora Eufrasia,—pida usted

misma á mi madre que me deje ir á su casa de Vd. un cuarto de hora.

La vieja Eufrasia rogó á la mujer del tabernero, cuyo marido no estaba allí á la sazón, que la confiara á María, alegando que necesitaba distraer su tristeza.

La señora Teresa accedió, pero entre otras condiciones con la de que volvieran cuanto antes.

—¡Qué cosas tiene Vd., señora Teresa!—exclamó como en tono de reconvención la Eufrasia.—¿No soy yo bastante abonada para responderle de la chica? Y además,—añadió,—creo que veinte pasos no son para inspirar gran cuidado.

—No es por eso,—respondió la tabernera,—pero de un momento á otro volverá mi marido, y ya sabe Vd. que no le gusta ver un solo instante á la chica fuera de su casa. Pero en fin... ya lo he dicho, y no me vuelvo atrás; váyanse y procuren volver lo más pronto posible.

La Eufrasia y María salieron al fin, ofreciendo la vieja no abusar del permiso concedido.

Dejaron atrás como unas veinte casas, y se detuvieron ante una de miserable aspecto, cuyo piso alto era una desmantelada y ahumada boardilla.

La señora Eufrasia introdujo una mohosa llave en la cerradura de su puerta carcomida, y abrió con la misma facilidad que si lo hubiera hecho corriendo con la mano una clavija de madera.

Hizo entrar á María en un corredor húmedo y oscuro, volviendo á cerrar la frágil puerta.

Tomó luego una mano de la jóven á la cual condujo en la oscuridad durante algunos segundos, deteniéndose por último en una especie de antro, donde los ojos de María no

distinguían otra cosa que dos luces que inmóviles parecían en su fijeza dos carbones encendidos.

La vieja dió fuego á una mecha de azufre y encendió con ella un candil nauseabundo, que volvió á colgar en un ángulo de aquella pocilga.

María, si bien no estaba acostumbrada á las comodidades, ni mucho ménos al lujo, sintió un vivo disgusto al contemplar el aspecto repugnante que ofrecía el nido de la tía Eufrasia; quedándose fija en su sitio y sin resolverse á dar un paso más, cual si se arrepintiera de haber llegado hasta allí.

Luego que la vieja hubo colgado su luz hizo que la jóven tomase asiento en una destartalada silla, cerca de una mesa que contaba numerosos años de activos servicios.

Eufrasia tomó á su vez asiento delante de la jóven, y dejando que un enorme gato de piel canicenta, el mismo cuyos ojos relumbraban antes en la oscuridad como dos carbunclos, se acomodara tranquilamente en su regazo, dijo á María en tono sentencioso y dando á su faz un aspecto grave:

—Bien te lo decía yo cuando tiempo era, María; tu amante, con su carita de miel que no parece sino que está diciendo á todo el mundo «comedme,» es un ladino mozalvete, de esos cuya historia se cuenta por tantas víctimas cuantas son las que inocentemente no oyen de sus palabras ni comprenden otra cosa que el arrullo dulce, como si dijéramos, la música celestial.

—¡Señora Eufrasia!... por la Virgen Santísima,—murmuró María, como queriendo oponer un dique á la desconfianza de la vieja, que aumentaba su desconfianza propia,—no me hable usted de ese modo, señora, porque padezco terriblemente.